

Nunca te vi, siempre te amaré (84 Charing Cross Road)

FILMA CANALES

La sola comparación del título original y su traducción al castellano debería aclararnos el destino de esta película y confirmar la tradicional ignorancia que existe en los distribuidores para presentar una hermosa y original película al público adecuado, que no pudo verla en el breve plazo de una semana.

Basada en un hecho real, ocurrido a la protagonista y autora del libro que apareció a comienzos de los años 70, la laureada actriz Anne Bancroft realiza, en su caracterización de Helaine Hanff, una de las mejores interpretaciones de su carrera. Esta ingeniosa y vital escritora de Nueva York, pobre de solemnidad, mantuvo durante 20 años, hasta 1969, una breve, afectiva y amistosa correspondencia con el personal de la librería en Londres que encabezaba su administrador, el experto en libros antiguos, Frank Doel (interpretado por Anthony Hopkins).

El guionista del filme, Hugh Whitmore, había ya escrito en 1975 el libreto de un teleteatro para la BBC. David Jones, el director, había despertado el interés de los críticos en una película anterior —**Betrayal**— y sin duda alguna despliega aquí su dominio de la forma cinematográfica en lo que podríamos llamar variaciones sobre un mismo tema. Una correspondencia como ésta es difícil de visualizar porque es parca y exterioriza muy poco, pero es transformada por Jones y su excelente compaginador

Chriss Wimble, en un contrapunto de imagen documental, texto de las cartas y un subtexto que se percibe constantemente como la real e inexpresada línea dramática de la obra.

Quisiéramos detenernos en estos aspectos que nos parecen el aporte creativo del filme. En primer lugar, el escenario de un diálogo intercontinental se agranda y duplica, manteniendo a la vez cercanía y simultaneidad. Sobre este escenario se van produciendo encuentros y reencuentros del texto escrito sobre imagen sincrónica, o bien la imagen en contrapunto que describe lo cotidiano de los personajes. Por otra parte, la escritora Hanff derrocha su ingenio y conocimiento de la literatura inglesa en términos amistosos o derechamente indignados, según la situación del momento. Para quien no conoce la idiosincracia del pueblo inglés, isleño y reservado, puede resultar aburrido el estilo lacónico de Frank Doel, quien admira y se complementa con la espontaneidad de la escritora. Luego, la fugaz alusión a una película inglesa de antología —**Brief Encounter**— establece el clima emocional del filme en un matiz romántico del temperamento británico.

Lo interesante de esta película es que vamos conociendo a los personajes sólo por lo que revela la imagen, no las palabras. Así se va desarrollando ante nosotros el sub-texto, lo mejor de la película, que empieza por

plantear una complicidad entre Helaine y los espectadores cuando ella nos mira directamente, en cámara subjetiva. Esto se repite para crear un estilo y luego varía hacia miradas y frases de ella a Frank. El espectador ya sabe que es sólo un código, una ilusión. Se van produciendo diversas percepciones a distancia entre ambos, que culminan en un diálogo rápido y directo, con cambio de miradas que nunca ocurrieron sino en esos espacios extra sensoriales que el cine jamás había descrito tan acertadamente.

Estas personas de abundante y fina sensibilidad, por respeto y un sentido perfecto para tomar la vida, no quisieron jamás clasificar ni ponerle nombre a los sentimientos. Tampoco destruyeron algo que sabían no habría podido resistir el más mínimo roce con la realidad, conservándolo en el nivel de lo que es gratuito, libre y frágilmente pasajero.

En una sociedad como la actual, que vive para lo que es útil o necesario en su rendimiento material, mayor eficacia o mejores dividendos ideológicos, estos matices no tienen lugar. Pertenecen a un mundo que ya no existe. Podríamos sentir una melancólica nostalgia al ver este filme si no fuera por la determinación optimista de Helaine y su vital alegría para dar vuelta todo hacia su aspecto positivo. Por un largo tiempo resonará en algunos espectadores la paradoja de sus palabras finales:

—Bueno Frankie, ¡aquí estoy! Finalmente logré llegar...